

Dos amigos en guerra

Tengo dos amigos. El primero se llama Petro. Sin avisar, dejó París y su trabajo de obrero de la construcción para irse a su Ucrania natal unos días antes de la “operación especial” de Putin. Así fue. Para estar con los suyos, en caso de que lo necesitaran. El segundo se llama Oleg. Estudiante tardío en sus horas libres, se gana la vida como camarero en un restaurante ruso parisino. Fue él quien me contó lo de Petro. Preocupado, quería saber si yo tenía noticias de él. No las tenía.

Había puesto a Oleg y a Petro en contacto hace unos años. Oleg trabajaba en una tesis sobre Néstor Makhno y el ejército revolucionario insurreccional de Ucrania y Petro tenía orígenes lejanos en la región de Zaporojí, donde algunos de sus antepasados se habían unido a las filas de la Makhnovtchina. Había presentado Petro a Oleg en un encuentro – creo que en 2018 – en torno a la película de Hélène Châtelain, *Makhno, paysan d’Ukraine**. La fraternización había sido inmediata. El ruso y el ucraniano se habían apreciado hasta convertirse en amigos.



En estos tiempos de incertidumbre y abrumado por las noticias del día, la visita de Oleg me dejó un sabor amargo. Hablamos de cosas y otras, de las noticias que recibía de Moscú, de su tesis que pensaba abandonar, de la xenofobia anti rusa que sentía progresar – el restaurante donde trabaja, más bien desierto en estos tiempos turbulentos, acababa de ser objeto de rabiosas y estúpidas pintadas: “¡Cómplices de Putin!”. Intenté averiguar si había visto a Petro antes de su salida. Aprendí que Oleg había recibido un mensaje por teléfono: “Cuando la idea de libertad pasa por anecdótica, la mayoría de las veces se pierde por distracción. Solo puedo estar con los míos y con mi pueblo”. Me enteré de que sus relaciones se habían deteriorado a medida que avanzaban los peligros y que, en su último encuentro – furtivo –, habían acampado ambos en posiciones que, por lo menos en lo que respecta a Oleg, ya que me lo dijo, nunca hubiera pensado defender. En otras palabras, el veneno ya estaba en la herida. Fue en el momento de dejarnos, en el umbral de mi puerta, cuando tuve esta frase: “Nunca hay que hablar el idioma del poder”. Oleg me miró encogiéndose de hombros como si estuviera yo fuera de juego. La guerra ya había ganado las conciencias, incluso las que se podía pensar vacunadas contra los estragos del pensamiento militarizado.



Lo que suele hacer historia es lo menos se espera. Aquí, no es exactamente el caso. Siendo la que es la lógica de Putin, lo inesperado puede ser hipótesis. Lo que hace historia, para la ocasión, es que la manera en que Putin decidió sin vacilar invadir Ucrania poniendo los medios – masivos pero fallados considerando los resultados inmediatamente constatables, a saber, que la población ucraniana resiste a la agresión – ha sumido al mundo, y más aún a Europa, en una crisis importante cuyos efectos aún nadie mide. Si la operación tiene éxito, el zar corre

* <https://lundi.am/Nestor-Makhno-Paysan-d-Ukraine>

el riesgo de llegar a más lejos. Si fracasa, como es lo más probable a medio plazo, incluso en caso de victoria militar, el hombre del búnker, herido en su orgullo de malvado, corre el riesgo de aparecer, como es lógico, verdaderamente imprevisible. Poco importa por cierto que esté loco o no. Está al mando de un país que se está desmoronando y donde puede estar jugando su última partida.

Eso es básicamente lo que, unos días más tarde, le dije a Oleg, que me escuchó sin reaccionar realmente. Lo sentí como perdido en aquella terraza de café donde me había dado cita. Lo interrogué. Vaciló. Le insté a que me dijera lo que pensaba, sin filtro, sinceramente. Vaciló de nuevo: “En realidad, nada. Nada que permita formarse una idea, una línea explicativa. La emoción puede ser demasiado grande para pensar. De hecho, odio tanto a Putin como a Zelensky, tanto a un nacionalista pro-ruso como a un nacionalista pro-ucraniano. Por eso hoy no soy de ninguna parte. Y eso es muy incómodo.”

En el fondo, entiendo a Oleg. Me enteré de que aquí o allá algunos anarquistas de Ucrania se alistaban, como voluntarios, en unidades patrióticas de combate, aparentemente autónomas pero todas bajo la égida del ejército ucraniano, mientras que otros, pacifistas, parecían más bien inclinados a favorecer convergencias de solidaridad entre las oposiciones sociales – rusa y ucraniana – a la guerra.

– Te has preguntado, le dije a Oleg, ¿qué hubiera podido hacer Makhno en una situación similar?

– Lo que hizo, me contestó a toda prisa, cuando comprendió que debía, el 28 de agosto de 1921, escapar de la fatalidad histórica refugiándose en el anonimato parisino para morir de tristeza.



Y los días pasaron sin que el amigo Oleg me llamara. Una noche me acerqué al restaurante donde trabaja para comprobar que estaba “cerrado por obras” sin fecha de reapertura. En la misma semana, por un conocido, me enteré de que una cantante de sus amigas – y activista anti-Putin refugiada en Francia – había visto todos sus conciertos cancelados porque tenía el mal gusto de cantar... en ruso en tiempos en los que había que elegir entre el Bien y el Mal. Es cierto: habría que organizar ejercicios de práctica de la dialéctica para acabar con el vómito de buenos sentimientos que nos abrumba. ¡Harto!

En la tarde de un día de fin de invierno, tuve la idea de volver a ver la película de Hélène Châtelain sobre el campesino de leyenda. Allí estaba, la película de Helena, durmiendo en una de mis estanterías, y como esperándome. Sabía lo que tenía que decirme, pero quería estar seguro, para lavarme el espíritu de los cansancios de este presente viral y militarizado. ¿Qué hace que, en el caos de una actualidad que se acelera y nos traga, la atención prestada al pasado de los antiguos combates por la emancipación humana reactive siempre el principio-esperanza? Preciso es saber que este pasado nunca es del todo pasado, que sigue viviendo, vencido, aplastado, sin realizar, pero siempre dispuesto a servir, si uno se lo piensa bien, para alimentar nuestras imaginaciones de resistencia a los imperialismos de todo tipo y a los empujes nacionalistas que invariablemente suscitan a cambio. La historia de la Makhnovtchina nos demuestra que, si bien las alianzas pueden ser necesarias para derrotar al enemigo principal del momento – los «blancos», Denikin, Wrangel and Co., para el caso –, es siempre, al final, el más

cínico de los aliados que gana. En las circunstancias dadas, los makhnovistas no podían rechazar la alianza con los bolcheviques, pero cuesta creer que pensaran por un solo instante ganar la apuesta haciendo triunfar su propia idea de la revolución, tan diferente de la del Ejército Rojo. Se unieron a los bolcheviques por necesidad, pero sin ignorar que esas circunstancias les eran contrarias. Hasta la derrota final, la suya.



En este sentido, Oleg tiene sin duda razón de rechazar el campismo, de reivindicarse de ninguna parte. Lo conozco lo suficiente para no dudar del odio que profesa a Putin y a su camarilla y estar seguro de que se sitúa decididamente en el bando de sus opositores más convencidos. También sé que lleva en su interior algo del peso de esa desgracia rusa que hace que, pase lo que pase, la hipótesis de lo peor sea siempre la más probable. Se dirá que esta predisposición a la desgracia corresponde a una inclinación del alma eslava, de la melancolía activa que segrega, pero desconfío de este tipo de generalidad que oscurece. En el caso de mi amigo Oleg, la ilusión no tiene más futuro que el entusiasmo que la genera. A los cuarenta años, toda inclinación de este tipo parece estar prohibida, incluso provisionalmente. En otros tiempos, su abuelo, considerado “enemigo del pueblo”, y luego su padre, declarado “agente del extranjero”, fueron encarcelados. Él es, a la vez, heredero de esa historia íntima – de la que se enorgullece – y de la otra historia, con mayúscula, infinitamente demoledora en esta tierra – «maldita», dice – que, de los primeros soviets libres de Petrograd a la revuelta de Kronstadt y a la Ucrania de Makhno, ahogó en la sangre y las lágrimas de los pobres todos sus sueños de igualdad y libertad, destruyendo durante mucho tiempo la idea misma del comunismo.

Por supuesto, sabe Oleg que la guerra que declaró Putin es una guerra de pura agresión, pero también sabe – porque no le gustan las medias verdades – que el “servidor del pueblo” ucraniano, ese “presidente Zelensky” que vuelca de entusiasmo a Occidente, estaría dispuesto, con los subsidios de la Unión Europea y bajo la protección de la OTAN, a entregar Ucrania al campo del Bien, el del neoliberalismo devastador que es el nuestro y que combatimos cada día como podemos. Como también sabe Oleg que hay tantos ultranacionalistas, fascistas y neonazis en ambos lados. Cada uno puede impugnar libremente esta lógica de la equivalencia, pero a condición de que lo haga a partir de buenos argumentos y no únicamente sobre la base de las propagandas de guerra procedentes de ambas partes. Comprendo, sí, que Oleg haya elegido la secesión, la separación, para escuchar sólo su conciencia. Veo en ello una opción honorable.



Contar una vida es, partiendo de impresiones sensibles, fragmentarias y aisladas, descubrirla o darle una unidad. Una unidad interior, quiero decir, que puede ser una unidad de opuestos. Una vida es como una ciudad antes de la destrucción, un territorio que se adapta por la fuerza a los accidentes de terreno, a los desniveles, a las contingencias. Los altibajos están íntimamente mezclados, los unos sólo existen en relación con los otros, a menudo confusamente, en una especie de tensión permanente entre flujo y reflujo. La vitalidad nace de este camino. No se puede definir a un ser humano más que en relación con lo que ama.

Es necesario, pues, haberlo frecuentado de cerca, pero también acceder a algunos de sus secretos y desentrañar algunos de sus misterios.

En el vigésimo día de esta guerra sucia, Oleg me llamó desde Barcelona, donde, al parecer, decidió retirarse y deponer su condición de errante. Su voz era blanca. Acababa de enterarse, por la compañera de Petro, de su muerte en circunstancias confusas. Habría perdido la vida en el acto, en un suburbio de Kiev, haciendo compras. Una bala pérdida, pero no para todos. Abrumado por el dolor, Oleg me preguntó qué podía hacer. No tenía respuesta. Lo único que supe fue decirle que se mantuviera en contacto con su compañera, cosa que pensaba hacer. Le hice una última pregunta a Oleg: “¿Sabes si era combatiente?” Clara fue su respuesta: “Quería sacar a los suyos de ese infierno, no más.”

De Petro me queda una impresión y un recuerdo. La impresión, en primer lugar: la de haber frecuentado a un ser que giraba su mirada más hacia adentro que hacia afuera. Por conveniencia personal, pero también porque sabía que el presente no le enseñaría nada. A diferencia del pasado, su pasado más bien... El recuerdo, ahora: este largo abrazo que lo había unido a Héléne Châtelain después de la proyección, ya mencionada, de su película sobre Makhno y, la voz rota, este comentario que le hizo: “Gracias por ellos, gracias por nosotros. Ellos, los makhnovistas; nosotros, sus herederos.” “De nada, de nada... os lo merecéis”, le respondió Héléne en ucraniano, que era el idioma de su madre.



En esta triste noche, pienso en Petro, tan presente en mi memoria, y en Oleg, tan solo en su desgracia, a quien dedico este fragmento del testamento que la Makhnovtchina dejó a los trabajadores del mundo y que Volin recogió en *La revolución desconocida*: “¡Proletarios del mundo: bajad a vuestras profundidades y buscad en ellas la verdad; creadla vosotros mismos! Que en ninguna otra parte la encontraréis. »

¡Maldita sea la guerra!

Freddy Gómez

À *contretemps*, marzo de 2022

<http://acontretemps.org/spip.php?article906>

[Traducido del francés por Laura Reverte.]

AC